

¡Salve, Madrecitas!



Samuel L. Brengle

Cuán apropiado y qué hermoso es apartar un día para que las naciones honren al gran ejército de frágiles, delicadas reclutas, infinitamente más numeroso que el ejército de los hombres que luchó en la gran Guerra Mundial. Me refiero a aquellas que componen aquella hueste innumerable cuya vigilancia nunca termina, aquellas que nunca ponen a un lado sus armas, de cuyas tareas ellas nunca descansan sino hasta que caen en el campo de batalla - ¡aquel gran ejército de madres!

Hoy las alabamos y les deseamos honor. Son una hueste sacrificada. Nunca vemos a un hombre fuerte, haciendo alarde de su fuerza, sin que haya habido una madre que sufrió y dio su fuerza por él. Nunca se ve a una joven radiante, de cutis rosadito, ojos risueños y rizos encantadores por quien alguna madre no haya entregado su radiante belleza y juventud.

Nuestras madres sangran para que nosotros seamos bendecidos; velan para que nosotros descansemos y durmamos; sufren y mueren para que nosotros vivamos. Ellas son nuestro consuelo en el dolor, y el bálsamo de nuestros corazones cuando estamos heridos. Cuando un niño llora de soledad en la oscuridad de una noche silenciosa, y gime y clama y extiende sus manitas y bracitos, es por su madre.

Cuando está herida, corre a su madre; encuentra en su beso el remedio y en el calor y ternura de sus brazos, consuelo que disipa todo temor y sana cada herida.

Cuando los muchachos grandes, torpes y necios, se encuentran en problemas que los angustian; cuando tienen hambre que satisfacer o un triunfo que anunciar, acuden a su madre, pues ella comprende todo.

Cuando el hombre fuerte se agota por el trabajo y el trajín de la vida, y su corazón se turba con incertidumbre y dudas se vuelve a su madre y al Dios de su madre.

Y cuando, al final, la muerte lucha con el hombre, aprieta sus helados dedos sobre él, se burla de él y lo toma para sí – mientras las fuerzas del hombre fallan, ¡cuántas veces sus pensamientos se vuelven hacia su madre! Cuando el austero Tomás Carlyle yacía en su lecho de muerte, se le preguntó si deseaba algo, volviendo su rostro hacia la pared, su corazón de granito se quebró, y el anciano sollozó: “Que venga mi madrecita.”

He aquí el poder y la responsabilidad de la maternidad. Ella puede encausar a sus hijos hacia el bien y hacia a Dios, no por la fuerza, sino por el afecto; no por voz de mando, sino por la compulsión de un carácter sublime y santo.

Me han preguntado qué debe hacer una madre para mantener a su muchacho en los caminos de la rectitud y nobleza. Yo sólo puedo responder: “Usted ayudará a su muchacho, no tanto por lo que diga como por lo que usted es y por lo que usted hace. Hágase respetar; hágase admirar y conquiste el amor de su hijo con un carácter sublime y firme. Persevere pacientemente en hacer el bien; mantenga dulzura de espíritu; sea gentil y llena de gracia en sus palabras; y haga suyo el poder del Espíritu de Cristo que mora en su corazón purificado; y aunque por un tiempo sus hijos distancien, cadenas invisibles lo atarán a usted. Y ellos volverán, forzados por misteriosas cuerdas de amor y reverencia,”

La madre de Abraham Lincoln murió cuando él tenía sólo ocho años de edad. Pero en la cumbre de su fama y poder dijo: “Todo lo que soy lo debo a mi madre angélica.”

Acabo yo de cumplir mis quince años y estaba estudiando lejos de mi pueblo cuando un día me llegó el primer telegrama que jamás había recibido. Decía: “ven a casa, ven pronto. ¡Mamá está muriendo!” Cuando llegué a casa la encontré muerta. Durante los próximos doce años no tuve hogar. Fui a otra ciudad a estudiar, pero jamás recibí una carta de mi casa. Cuando se llegaban los días de vacaciones, veía a otros alumnos tomar el tren con alegría, pues iban a sus hogares; pero yo me quedaba, pues ningún hogar me esperaba a mí. Pero, el dulce rostro de mi madre siempre estaba delante de mí. Me parecía ver siempre sus ojos amorosos, y si alguna vez me sentía tentado al mal, me parecía ver en aquellos ojos, tristeza y reproche; y al resistir la tentación, me parecía que amor y gozo radiaba de su rostro. En verdad, su memoria e influencia fueron siempre conmigo, como un escudo entre mí y las tentaciones de la juventud. He conocido a muchos jóvenes también cuya reverencia y respeto por su madre eran como columnas de fuego y nubes para guiarles y protegerles de día y de noche. Un muchacho, íntimo amigo mío, le escribió a su madre y le dijo que ella era para él como un pedacito de Dios, un precioso padecido de Dios. Todas las madres deberían ser un pedacito de Dios para sus hijos. Y podrán serlo si aman a Dios de todo su corazón y buscan en todas sus palabras y acciones representarlo a Él antes sus hijos.

Algunas madres no merecen el amor y el respeto de sus hijos. Un pequeño huérfano fue recomendado a uno de nuestros orfanatos, y en aquel ambiente dulce y santo fue convencido de su pecado. Pero, él decía: “Yo no puedo ser salvo. Cuando mi madre moría, yo le escupí su rostro.” La maldad de esa madre se había reproducido en su hijito, y personas extrañas tuvieron que deshacer la obra mortífera que el pecado había hecho en su corazoncito través de su madre impía. Es la religión pura y sin mácula la corona de la maternidad.

Un niño notó que un vendedor le presentó a su madre un cobro. Entonces se le ocurrió una feliz idea, y él presentó a su mamá un cobro así:

Mamá le debe a Tomasito:

Por cuidar al hermanito	\$0.06
Por cortar y entrar la leña	\$0.09
Por llevar las cartas al correo durante una semana	\$1.00
Por hacer mandados en la tienda	\$0.06
Total	\$1.21

Él puso la cuenta sobre el plato de su madre a la hora del almuerzo. Ella lo contempló, se sonrió; y luego una mirada de seriedad cubrió su rostro. A la próxima comida, Tomasito encontró un cobro en su plato:

Tomasito le debe a Mamá:

Por cuidarlo durante su infancia	\$0.00
Por cuidarlo a través de dos graves enfermedades.....	\$0.00
Por prepararle sus alimentos durante diez años	\$0.00
Por lavarle y remendarle su ropa.....	\$0.00
Total.....	\$0.00

¡Pobre Tomasito! Cuando leyó esta nota, se dio cuenta del sacrificio y devoción inagotable de su madre. Y con lágrimas en sus ojos, abrazó a su madrecita y la rogó perdonarle su falta de consideración.

La gloria de la maternidad es la gloria de una paciencia sin fin. El padre de Juan y Carlos Wesley le dijo un día a Susana su esposa; “¿Por qué le dices a Carlos la misma cosa veinte veces?”

Con calma respondió: “Porque diecinueve veces no basta”. ¡Oh, la paciencia de esa madre!

La gloria de la maternidad es la gloria de una fe que no vacía y de una esperanza que no muere. Una madre dedicó a su bebé al Señor y en oración sintió la convicción y la seguridad que él predicaría el Evangelio. Pero, en vez de entregarse al Señor, ese hijo cayó en pecado, se volvió un abogado bebedor y ateo, con un vocabulario obsceno. Un día se le llamó a la madre y se le dijo que su hijo moría en su borrachera. Con calma se fue a verlo. Dijo: “No está de muerte. Vivirá y aún predicará el Evangelio.” Aquel hijo se sanó, se convirtió y se hizo un poderoso predicador del Evangelio. Y años después su dulce nietecita también predico el Evangelio en el Ejercito de Salvación.

La gloria de la maternidad es la gloria de la abnegación generosa. Una madre de seis hijos e hijas que servían en la obra del Señor, se moría. Su hija menor, aun en preparación para servicio, corrió a su lado. Pero la piadosa le dijo: “Querida, no me faltarán cuidado. Yo te dediqué a ti a Dios y Él te ha llamado

para trabajar en Su viña. Regresa al instituto bíblico y continúa tus estudios. Nos veremos en el hogar celestial.” Aquella madre, al morir, se olvidaba de sí misma en su amor a Cristo y su santa ambición por su hija.

La gloria de la maternidad es la gloria de un amor que nunca deja de ser. Hace algún tiempo estuve en una gran ciudad donde había una gran cárcel. Durante los servicios que presidí allí, noté a una madrecita de rostro dulce y cabello plateado, con la paz de Dios radiante en su rostro. Un domingo cuando fuimos a celebrar un servicio en la prisión, la vi allí. Su muchacho (creo era hijo único) se había huido del hogar, había caído en tentaciones con hombres perversos, y ahora estaba resguardado tras las rejas de la cárcel. Cuando a la madrecita le llegó la noticia tan quebrantadora, toda la ternura de su amor por su hijo errado, brotó en llamas. Dejó su hogar en el Norte del país y se trasladó a esta ciudad a vivir cerca de su hijo. Y todos los domingos ella llegaba a la prisión para verlo, buscando ganarlo nuevamente para Dios.

Tales glorias coronan las verdaderas madres, y por ellas damos gloria a Dios y a ellas pagamos el tributo de nuestra reverencia y del más tierno afecto.